CAPITULO LXIII.

DISPOSICIONES DEL EMPERADOR TITO PARA SOCORRER POMPEYA.—CAUSAS QUE LO IMPIDIERON.—LAS FIESTAS SATURNALES.—NUMERO DE HABITANTES QUE TENIA ROMA. UN ENCUENTRO.—NUMERO DE ESTATUAS DE LA CAPITAL DEL IMPERIO ROMANO.

Han trascurrido cuatro meses desde las terribles escenas que presenciaron los habitantes de Pompeya.

La capital del imperio vencedor del mundo, se conmovió en los instantes que recibió la noticia.

La horrenda catástrofe que habia hecho desaparecer del haz de la tierra á Estabia, Pompeya y Herculano, llenó de consternacion á los habitantes de Roma.

El emperador Tito, el mas humano, mas benigno y generoso de los que habian gobernado aquella gran nacion; el hombre prudente, que desterró á los delatores y que mereció que le llamasen *las delicias del género humano*, se conmovió profundamente con aquel acontecimiento desgarrador.

Varias comisiones compuestas de personages dotados de capacidad y de virtud, se habia dispuesto que saliesen por órden suya á prestar los socorros, el dinero y su proteccion á los habitantes de las comarcas desoladas por el Vesubio, que se habian salvado.

Un edicto imperial permitia á los que se ocupasen en desenterrar los pueblos sepultados bajo las cenizas del volcan, apoderarse de los bienes de aquellos que hubiesen muerto sin herederos, y otro declaraba exentos de todo impuesto por cierto número de años, á los habitantes que habian logrado salvarse de la catástrofe.

Esto arroja la triste prueba de que la mayor parte de los habitantes habian perecido. Nada hubiera tenido de halagador el decreto de Tito, cuyo objeto era estimular, por medio del

interes, el trabajo de las escavaciones, á no haber tenido todos la conciencia de que los herederos, lo mismo que los dueños de lo que se encontrase, habian sucumbido. ¿Quién, á no estar persuadido de esta verdad, hubiera emprendido la fatigosa tarea de desenterrar los pueblos sepultados? ¿Quién se hubiera atrevido á arrostrar todas las privaciones que presentaba aquella provincia desolada, á trabajar sin descanso y vivir á la intemperie, si hubiese temido que despues de tantas fatigas se presentase un heredero á decirle: "gracias: esto es mio: habeis trabajado para mí?"

Pero todo lo que se habia dispuesto hacer para sacar á Pompeya de su tumba de cenizas y auxiliar á los Pompeyanos que sobrevivieron á la ruina de la ciudad, quedó suspenso.

La peste que se declaró á poco de la catástrofe producida por el Vesubio, y un horroroso incendio que duró tres dias y destruyó los principales edificios de Roma, absorvieron la atencion del magnánimo emperador Tito que se vió con necesidades públicas apremiantes que afectaban de mas cerca á la capital del imperio.

El Capitolio, el magnífico Panteon, la Biblioteca de Augusto y otros muchos y notables edificios, fueron presa de las llamas.

Los males recientes hicieron descuidar los pasados; y la necesidad de enjugar presentes lágrimas, diferir los consuelos á los que las habian vertido.

Tito, aquel magnánimo emperador, que contestaba á los que le hacian observar que concedia favores con facilidad, con estas dignas palabras: *No conviene que ninguno se aleje con tristeza de la vista del príncipe*, y que habiendo recordado una noche no haber concedido ningun beneficio, exclamó: *he perdido un dia*, se vió precisado, bien á su pesar, á desatender los males de Pompeya, para remediar los de Roma.

Así, á los cuatro meses, las desgraciadas ciudades que habian quedado sepultadas, y cuya funesta suerte inundó de pena en los primeros dias del acontecimiento á los romanos, se encontraron casi olvidadas de estos.

Los males propios hicieron olvidar los agenos ya pasados, y aun aquellos se hacian á un lado cuando se presentaba alguna de esas fiestas que constituian el placer de los alegres romanos.

El dia en que nos halla nuestra historia, era uno de aquellos en que se celebraba una de las que mas enloquecia á los hijos de aquella gran nacion, que habia llevado, con sus armas, la ilustracion por todas partes.

Era la fiesta conocida con el nombre de *Saturnales*, que se celebraba tres dias seguidos, el 17, 18, y 19 de Diciembre.

Estas fiestas, de orígen griego, fueron instituidas en honor de Saturno, y establecidas en memoria de la libertad é igualdad que, segun la fábula, reinaron en Italia, cuando Jano le dió hospitalidad y afectuosa acojida en su reino. Saturno, en agradecimiento, le enseñó la agricultura; y Jano, queriendo premiar este bien, le asoció á su reino. Se dice que Saturno gobernó con tanta justicia, que bajo su imperio ningun hombre fué esclavo, y que todas las propiedades eran comunes. Para perpetuar el recuerdo de aquellos dichosos tiempos calificados de *Edad de oro*, se instituyeron las *Saturnales;* fiestas en que los esclavos recobraban su libertad mientras aquellas duraban, y en que se entregaban á todos los escesos imaginables. Las *Saturnales* llegaron con el tiempo á hacerse célebres por el desenfreno que reinaba en ellas.

El pueblo de Roma, olvidado, como he dicho, de los males propios y agenos que poco an-

tes le preocupaban, y sin cuidarse del frio ni de la nieve, que cubria en aquella estacion el campo y las ciudades, corria hácia el *Forum* lleno de afan y de alegría.

Un pontífice, colocado bajo el pórtico del templo de Saturno, hácia el medio del *Forum*, proclamó la fiesta, gritando: *Saturnales.*

Mil gritos de alegría respondieron á esta proclamacion, y casi al mismo tiempo las numerosas bandas de esclavos que formaban una parte notable de la poblacion de Roma, acudieron de todas partes, cubiertos con gorros de la libertad, como si fuesen libertos, se derramaron por toda la ciudad, y atronaban el aire con cantos y gritos de alegría, en medio de los cuales se escuchaba con frecuencia esta exclamacion: *¡Io! ¡Saturnales!*

Aquel era un desórden general; pero un desórden permitido que comenzaba con demostraciones de placer y que iria hasta la orgía. Desde aquel momento se daba licencia á la disolucion pública, y mientras duraba la fiesta, la ciudad se veia agitada por los esclavos, beodos la mayor parte de ellos y en un estado de completo desórden.

En aquellos tres dias que duraban las fiestas, eran considerados completamente libres, y por lo mismo, se entregaban á todos los excesos.

—¡Qué pronto quedan olvidados los que mueren! .....—pensó tristemente un hombre de notable figura y de rico trage, mirando cruzar á la multitud por todas partes.—Los deudos vierten una lágrima por la muerte de un pariente, y esa lágrima se seca al aparecer el sol de la alegría, como se seca en el pétalo de la flor la gota del rocío al brillar la alegre luz del astro principal. Roma vertió una lágrima por Pompeya: la lágrima ha desaparecido ante el calor de las orgías *Saturnales!*..... ¡Y así fuí yo hasta recibir la provechosa enseñanza de la terrible catástrofe!.....

Y aquel hombre se quedó meditabundo en la esquina de una calle.

—¿Veis á este patricio?—dijo un esclavo, deteniéndose junto á nuestro personaje y dirijiéndose á otros esclavos que marchaban con él trastornados por el vino.—Pues era uno de los principales de Pompeya. Por cierto que tenia allí un tesoro de belleza que yo conocí, y del que andaba aficionado mi amo Márcio.

El hombre levantó la cabeza, brillando en su rostro la sorpresa y la ansiedad.

—¿Quién es esa muger á que aludes?—exclamó con marcado afan.—¿Vive?

—Las *Saturnales* me hacen tu igual, y no quiero contestar á tus preguntas. Amigos—añadió dirijiendo la palabra á los que le acompañaban—vamos á gozar, á beber, á aprovechar estos dias de igualdad y de libertad.

—*¡Io Saturnales!*—exclamaron todos, y se alejaron dando alegres gritos por las estrechas calles apretadas de gente.

El individuo que nos ocupa quiso seguirles; pero la multitud que se interpuso, y el paso lijero que los otros llevaban, hicieron inútiles sus esfuerzos.

Todo era bullicio y animacion en aquellos instantes de locura.

Pero el delirio en las *Saturnales* era general, y alcanzaba hasta á los ciudadanos mas distinguidos, que se visitaban los unos á los otros para entregarse á los placeres de la mesa y del amor.

Lo que se veia de notable en las *Saturnales*, era que los amos, siempre duros y hasta crueles con sus esclavos, se reunian con ellos en estas fiestas como si fuesen sus iguales, les permitian las palabras menos respetuosas, sufrian las verdades mas punzantes llevadas hasta las injurias, sin enfadarse, sin tener aun el derecho para ello, y mucho menos aun para castigarles.

Allí se veia á los amos dando á sus esclavos festines, en los cuales comian juntos, y en que cada cual cojia el lugar que le parecia, sin cuidarse de la dignidad, del nacimiento, de la raza, ni de la riqueza y posicion de los otros. Veces habia en que aun esta igualdad se volvia en provecho de los festejados, y en que el amo, así como sus amigos, se constituian en servidores de sus esclavos.

Para evitar esto, muchos amos, que no podian ver con gusto aquella igualdad, aunque pasajera, se ocultaban ó se iban al campo con sus amigos, dónde se entregaban á la orgía y los placeres.

Los juegos de azar, que durante todo el año estaban prohibidos, se permitian en aquellos tres dias, y generalmente todos se entregaban al juego de los dados que era el favorito de los romanos.

Despues de los juegos se dirijian al baño, y de este al banquete. Los dados corrian aun otra vez para nombrar al *rey del festin*, que era proclamado é instalado por las aclamaciones universales de su pueblo. En la mesa, los esclavos procuraban imitar los modales de sus amos, y eran tan crueles con los que les servian, como lo éran sus señores con ellos. La igualdad que reinaba en las maneras respecto de sus amos, reinaba tambien en el servicio de la mesa; todo el mundo bebia del mismo vino; los manjares son los mismos para todos; únicamente el escanciador debia mirar atentamente á todos los convidados, excepto á su amo. Los esclavos, animados por la buena comida, cantan á voz en cuello, se llaman unos á otros, se dan los plácemes, se atacan con mordaces galanterías, y muchas veces, tomando los trages y las maneras de sus amos, los remedan finjiéndose ciudadanos.

En esos banquetes, el esclavo nombrado rey del festin, queriendo ostentar todo el poder que ha visto ejercer á sus amos y aun excederles en él, ordenaba las cosas mas ridículas, absurdas, y algunas veces las mas obscenas: á uno le ordena que cante desnudo; al otro, á llevar en sus espaldas á un flautista dando tres vueltas al rededor de la casa; al otro, á que diga en alta voz injurias; al de aquí, á que meta la cabeza en una jarra llena de agua fria, de embarrarse la cara con hollin, ó bien, por un exceso de despotismo, manda que se arrojen al agua fria á todos los sirvientes de la mesa, pretestando que habian cumplido mal con su deber. En una palabra, los esclavos, en aquellos dias de libertad se manifestaban mas crueles con los que les servian, que lo que se manifestaban sus amos con ellos mismos.

Excepto las violencias sanguinarias, todo les estaba permitido durante las *Saturnales* á los esclavos; y aprovechaban aquella sombra de emancipacion para ponerse tambien en posesion de la sombra del famoso *derecho de honores*. Ellos se distribuian las magistraturas, cambiaban la casa en pequeña república, nombraban los jueces, los oradores, los patronos delante de un tribunal improvisado, de lo alto del cual, los mas capaces, remedando á los pretores, hacian justicia y pronunciaban sentencias como si se hallasen en plena asamblea, dando lugar á escenas altamente cómicas y curiosas.

—¡Oh!..... si yo pudiese encontrar á ese esclavo—pensaba nuestro melancólico personaje marchando en la direccion que aquel habia llevado—sin duda que saldria de esta horrible incertidumbre. ¡Oh!.....saber de ella es toda mi ambicion!.....

Y al decir esto, avanzaba por entre la multitud de esclavos que, prevalidos de su libertad pasajera, se complacian en mortificar á las personas distinguidas.

El gentío y la animacion aumentaban por instantes.

Aquellos regocijos se celebraban de igual manera en las ciudades que en las aldeas, y aun en los campamentos del ejército. Durante las *Saturnales* estaba prohibido emprender

una guerra, y si esta se habia emprendido antes, no combatir en esos dias, á menos que el enemigo no atacase primero.

Los regalos, lo mismo que en las calendas de Enero, se cruzaban por todas partes, enviados por cada cual á las personas de su amistad. En general los presentes eran de poco valor, proporcionados á las facultades pecuniarias de cada uno. Estos presentes consistian entre la clase media, ya en una túnica con mangas, ya en un manto, ya en un lacerno, ya en broches para el calzado; en una docena de tabletas de cera de tres hojas, en un paquete de cañas para escribir, en un botecito con mondadientes, en una esponja, en media libra de incienso ó bien en una vela de cera.

Las velas de cera eran el presente ordinario de los clientes á los patronos, y generalmente de las gentes menos ricas á los mas ricos. Estos les retribuian el regalo con otro que consistia en un plato ó una copa de plata.

Los pobres llevaban ellos mismos sus regalos; pero los ricos los hacian llevar por muchos esclavos para hacer ostentacion de lo que enviaban. Algunos de estos potentados, mas vanidosos que caritativos, procuraban deslumbrar. Otros, en contraposicion, y llevados de sentimientos altamente nobles, pagaban, como presente de las *Saturnales*, las deudas de sus amigos pobres, ó su habitacion, si no podia pagarla, para lo cual se informaban con anticipacion de sus necesidades.

Los poetas gozaban en estas fiestas, lo mismo que en todas, del privilejio de corresponder al obsequio que recibian, con una composicion lijera, análoga al dia.

A los que llevaban los presentes de sus amos, les estaba prohibido expresamente recibir gratificacion ninguna, á no ser que fuese una copa de vino, y tenian órden de volver inmediatamente á casa.

Los emperadores tambien distribuian su presente de *Saturnales*, y lo hacian de una manera muy divertida. Juntaban muchos objetos heterogéneos, de naturaleza y de valor muy diferentes, como el oro, un vestido, plata, un cilicio, pinzas, monedas de todos los tipos, aun de los antiguos reyes y de los reyes extranjeros; una esponja y otras muchas bagatelas semejantes. Cada uno de estos objetos, cuidadosamente envuelto, llevaba un rótulo cuya redaccion oscura ó de doble sentido embarazaba desde luego á los gratificados.

En los festines, porque todas las clases celebraban las *Szturnales* en los banquetes, se hacia una lotería de las cosas, de los precios mas desiguales, ó se ponian en venta cuadros, que estaban puestos de espalda, á fin de que la esperanza ó el temor hiciese mas divertido el acto. La venta se hacia al mejor postor, y se recibia una oferta por cada uno de los convidados, de suerte que los asociados pudiesen felicitarse mútuamente de su chasco ó su fortuna, lo que daba ocasion á graciosas galanterías.

A las fiestas *Saturnales* seguian las Opales en honor de la diosa de la tierra Ops, esposa de Saturno, y las *Sigillares* que, unidas á las primeras, formaban una continuacion de siete dias de regocijos públicos. En los dos dias que pertenecian á las *Sigillares*, llamadas así por las estatuas de oro, de plata, de tierra y de yeso que se presentaban á Saturno, los regalos consistian en imágenes ó medallas que se enviaban los amigos, y que se vendian en una de las plazas de Roma.

En otro tiempo, por la interpretacion de un oráculo, se hacia correr la sangre humana sobre el altar del dios del tiempo y de la agricultura; pero pasando Hércules por Italia, explicó á los pueblos el verdadero sentido del oráculo, manifestándoles que debian hacer sus

expiaciones con figuritas y hachas de cera. De aquí se dice que tomó orígen la costumbre de enviar los pobres á los ricos velas de cera por presente.

La multitud, gozosa de contar tantos dias de libertad y de fiesta, corria por la ciudad frenética de alegría.

En medio de aquel regocijo y de aquel desórden á que se entregaba el millon y cuatrocientos mil habitantes que entonces tenia la ciudad de Roma, se veia á nuestro hombre cruzar las calles de aquel museo de las bellas artes, dirijiendo la vista á los grupos de esclavos, para ver si descubria el que habia despertado su curiosidad. Así llegó al *Forum;* pero sin alcanzar su objeto.

El *Forum*, lo mismo que todos los sitios públicos notables, estaba lleno de esclavos que, convertidos unos en oradores y otros en jueces, pronunciaban discursos ó administraban justicia.

El amor, el vino y el desórden en su mas desenfrenada escala, reinaban por todas partes.

Las *cortesanas* y meretrices, ostentando en los adornos y en las joyas las figuras mas obscenas, se presentaban en los parajes mas concurridos para atraer á los incautos jóvenes ó á los hombres corrompidos.

Los regalos, lo mismo que vimos en las calendas de Enero, se cruzaban por todas partes, enviados por cada cual á las personas de su amistad.

El hombre que nos ocupa, no encontrando al esclavo que buscaba, y cansado de aquel bullicio, se alejó del *Forum* con direccion al campo, anhelando la soledad.

Un jóven de gallarda presencia, vestido de luto, que se encontró con él, le detuvo el paso exclamando:

—¡Salustio!

—¡Vitelio!—pronunció el detenido, abrazando al que pronunció su nombre.

—¡Cuánto temia que fueras de los que perecieron en Pompeya! ¿Y Lisipo, y el edil Panza, y Glauco?

—Ignoro qué ha sido de los dos primeros; pero Glauco vive, y pronto será el esposo de Ione que tambien se ha salvado.

—¡Oh!..... Glauco y Ione viven?..... No me podias comunicar noticia mas satisfactoria.

—Sí, viven; y cuando yo los dejé en Nápoles, se disponian á venir á Roma tan luego como se cumpliera el plazo de quitar la venda á Nidia, á quien acababa un famoso médico de hacer una operacion en los ojos para ver si recobraba la vista.

—¡Pobre Nidia!

—¿Y tú?

—Yo vine á Roma desde mucho antes de la catástrofe, para arreglar los bienes que se habian de entregar á Diómedes, segun el pleito ganado por Plinio; pero mi buen tio ha quedado sepultado en Herculano, donde poco antes habia muerto, como sabes, mi querida hermana Julia, y yo he quedado solo en el mundo, dueño de las inmensas riquezas que aun poseia aquí mi tio.

—Yo tambien poseo en Roma considerables bienes; pero en Pompeya he perdido el tesoro que preferia á todos.

—¿Cuál?

—Una jóven la mas virtuosa y bella del mundo: la única que me ha hecho conocer lo que es la dulzura encantadora de un puro y verdadero amor.